

LIBRO OCTAVO.

ARGUMENTO.

Leonte cuenta á Numa la historia de sus primeros años, su ternura y cariño para con su madre Mirtala, y sus amores con Camila: el sacrificio que hizo de su pasión, y lo que Mirtala le revela á la hora de morir. Numa quiere acompañar á Leonte á su antigua cabaña, y buscándola se pierden en los montes Apeninos. Numa encuentra á un anciano y su hija, y les ve adorar el fuego.

He nacido en el país de los marsos, entre las sierras de los montes Apeninos. Mi madre pobre y enfermiza no tenía mas bienes que un cordero rebano, una pajiza cabaña y un huertecillo. Se llamaba Mirtala: habia perdido su esposo pocos meses antes que yo naciera, y me amaba como una madre solamente sabe amar.

Desde los primeros años de mi infancia, cubierto de una piel de lobo que Mirtala habia arreglado á mi estatura, y armado con un pequeño

dardo que ya sabia arrojar, iba á guardar el rebano de mi madre, siempre acompañado de dos terribles mastines, prontos á defender el rebano y el pastor. No temia yo á las fieras, antes al contrario deseaba con ansia poder ejercer mis nacientes bríos contra ellas. A veces trepaba por las breñas y despeñaderos mas peligrosos, ó pasaba á nado los arroyos y balsas para pillar algunas gamuzas jóvenes, ó alcanzar de los pinos mas altos los pichones torcaces. La idea de que si conseguia mi intento, podria hacer un regalo á mi madre, me hacia superar las mayores dificultades, y pensando que aquellos alimentos tiernos y sabrosos le alargarian la vida, me hallaba yo mas feliz y contento que un rey despues de añadir una opulenta provincia á sus estados.

Al caer de la tarde conducia mi rebano á casa. Palpitándome el corazon de gozo, enseñaba desde que mi madre me podia ver ó el cervatillo ó los pichones que llevaba en triunfo. Mirtala me reconvenia dulcemente, me amenazaba abrazándome, de no dejarme salir mas, y á veces rehusaba mis dones ó no los admitia sin hacerme prometer cien veces, que no volveria á esponerme á semejantes riesgos.

¡Cuánto siento, hijo mio, solia decirme, no poder acompañar al monte! Entonces no temeria yo los riegos, que serian comunes á los dos; pero débil y achacosa como estoy, y llena de dolores que no me permiten dar un paso fuera de nuestra cabaña, que tan grande me parece cuando tu estás ausente, mis pensamientos te acompañan, y continuamente me representan mi Leonte en un peligro espantoso. Unas veces te veo

subido en la cima de un altísimo pino, y el árbol entero me parece insuficiente para sostener el peso de tu cuerpo: otras, te veo saltar un torrente; sientas el pié sobre una piedra resbaladiza, caes, estiendes hácia mí los brazos, y el agua te sepulta entre su espuma. ¡Oh hijo mio! Conténtate con guardar tu rebaño: la leche de nuestras ovejas y las legumbres del huerto son mas que suficientes para mi alimento. No prives á las ciervas, gamuzas y aves de sus hijos queridos: no sea que los osos ó jabalíes me priven del mio. Prométeme á lo menos que nunca entrarás en las cuevas y guaridas donde esos crueles animales ocultan sus cachorros. Jura hacerlo así, Leonte amado, y si no por tí, hazlo siquiera por tu pobre madre. Ten por cierto, que el dia que se atrase una hora tu vuelta, me hallarás ó muerta ó espirando de inquietud y de dolor,

De este modo solia hablarme Mirtala. Yo la tranquilizaba y acariñándola le prometia no volver á esponerme á los riesgos que tanto temia. Entonces, llena de gozo, me estrechaba entre sus brazos, me preguntaba lo que habia hecho aquel dia, y en pago de mi relacion, me referia en tanto que disponia la cena, las cosas de sus primeros años. Las noches se nos pasaban brevemente con estas dulces conversaciones. Mi tierna madre, antes de entregarse al sueño, me dejaba preparado cada noche lo que habia de llevar al campo al dia siguiente: me volvía á encargar de nuevo la prudencia, me abrazaba mil veces y acariciaba á mis fieles mastines, como recomendándoles que velasen sobre mi conservacion.

La vida agreste que yo hacia aumentó mis fuerzas en breve y en grado increíble: á la edad en que comunmente apenas se ha salido de la niñez, ya era yo ágil y robusto. A los quince años ya no temia ni los osos ni los jabalíes; mis dardos se habian teñido en la sangre de estas fieras pero nada sabia Mirtala. Mis perros, zelosos defensores de mi infancia, habian perdido las fuerzas con los años, y yo los defendia pagándoles lo que les debia. Tranquilo y feliz guardando mi rebaño, me divertia tocando la zampoña ó persiguiendo á los moradores de las selvas. Nada deseaba ni queria fuera de mi madre: la única pena que sentia era la de ver que los años debilitaban cada dia mas su existencia, agravando sus achaques.

Un dia que estaba sentado en la punta de una peña, de la cual se precipitaba un arroyo desde una altura de cien piés, formando un ruido espantoso, de improviso veo un ciervo, que herido de un flechazo y derramando sangre, se arroja en la balsa que formaba el impetuoso torrente. De allí á poco aparece una jóven amazona, cubierta de una piel de leon, con la aljaba al hombro y el arco en la mano, fatigando los hijares de un brioso caballo que animoso vuela tras del ciervo. Diana solamente podrá ser mas hermosa. Sus negros y hermosos cabellos ondeaban sueltos por su espalda: en sus ojos brillaba el ardimiento y el valor, y no obstante todo su rostro manifestaba una dulzura encantadora. En tanto que arrebatado de admiracion la contemplo sin atreverme casi á respirar, veo que el fogoso caballo se arroja en el torrente, cuya fuerza le ar-

rastra. En vano la intrépida cazadora intenta volverle á la orilla; el furor de las aguas se opone á todos sus esfuerzos: en breve abandona el caballo, cae y desaparece arrebatada de la rapidez de la corriente.

Ya estaba yo en medio del agua; largo rato nadé sin poder hallarla; finalmente mi mano tropezó con sus cabellos y la conduje á la orilla, privada de sentido. Desesperando que volviese en sí, la conduje á nuestra cabaña, en donde, gracias á mi madre, recobró el sentido. ¡Ay de mí! Apenas se abrieron sus bellos ojos, cuando encendieron en mi pecho un fuego que nunca se apagará. Osé contemplar aquella celestial belleza, á la cual la palidez del rostro daba nueva gracia, y sentí una agitacion, un sobresalto que jamas habia experimentado. A pesar de mi turbacion, no podia hartarme de mirarla, ni menos apartarme de ella, y cuando abriendo la boca me dió las gracias, me turbé y no supe qué decirle: me preguntó mi nombre y mi madre tuvo que responderle por mí.

Pero despues de algunas horas de descanso, la amazona se determina á abandonar nuestra paji-za habitacion sin decirnos quien era. Ofreció á mi madre algun oro; su oferta nos llenó de sentimiento: lo conoció, guardó el oro y quitándose un precioso collar que tenia al cuello le puso en el de Mirtala. Despues mirándome con tierna gratitud, se despoja de la piel de leon que traia sobre su vestido de púrpura y me la presenta diciendo: esta fué prenda del grande Alcides, que la regaló á mi abuelo en pago de la hospitalidad que le dió. Hoy hago de ella el mismo uso que

Hércules, dándosela al que me ha dado la vida, y si he de creer mis presentimientos, no dejo en manos indignas esta preciosa alhaja del hijo de Júpiter.

Dicho esto, abraza á mi madre, me arroja una tímida y dulce mirada, me manda que no la siga y se aparta de nosotros aceleradamente.

Mirtala y yo nos mirábamos: á no ser por el estado en que la vimos, no hubiéramos podido creer que fuese cosa mortal. Inmóvil y sorprendido, miraba yo aquella piel de leon, todavia mojada en el agua del torrente: la idea de que habia sido adorno de un semidios la hacia menos preciosa á mis ojos que el haberla visto cubrir los delicados hombros de la amazona. Tenia grabados en mi memoria sus gestos, sus facciones y todos sus movimientos: todavia me parecia estar oyendo su voz. Aquella fué la primera vez, que distraido y pensativo, en tanto que mi madre hablaba, le oculté el ardor que ya inflamaba mi corazon.

Apenas amaneció el dia siguiente, cuando ya estaba yo con mi rebaño sobre la peña de la cascada. Me habia puesto la rica piel de leon, y apenas la tuve ceñida cuando me sentí nuevas fuerzas, indomable valor y sobre todo un fuego devorante. Este se aumentó luego que llegué al sitio en donde habia visto á la amazona. Bajo á la orilla del torrente, busco el paraje en que la habia librado, y me asiento con deleite sobre la yerba en que lá puse desmayada. Suspiro; agitado, vuelvo la vista á todas partes: aquellas montañas, los precipicios y la cascada; toda aquel espectáculo grandioso que me arrebatava el dia

antes, ya no fija mi atencion. Aquel desierto me parece horrille; sus bellezas naturales me fastidian; ya no cuido de mi rebaño, olvido mi zampoña y mis dardos, y con todo no puedo resolverme á abandonar aquel sitio tran grato á mi tristeza.

Vuelvo á la noche á casa, y no siento aquella dulce satisfaccion que antes al volver á ver á mi madre: las horas que paso en su compañía se me hacen eternas; respondo con trabajo á sus preguntas; busco mil rodeos para hacer con disimulo que hable de la incógnita, no queriendo yo nombrarla. El collar que Mirtala tiene puesto fija continuamente mis ojos, y abrazo á mi madre mas á menudo para poderla besar.

Así pasé tres dias: cada mañana al rayar el alba iba á la cascada, y allí esperaba que el sol se pusiese, con la vista fija al sitio por donde ví venir la primera vez á la amazona. El cuarto dia estando del mismo modo, de improviso la veo aparecer. Venia armada del mismo modo: traia otro caballo no menos brioso, y su rostro se cubrió de rosas al verme sentado sobre la peña.

En un instante estuve á su lado: se apea del caballo, le ata á un árbol, y sentándose sobre una peña me convida á hacer lo propio y me dice: Casi no dudaba, valiente pastor, hallarte en este sitio. He venido solo por verte. Te debo la vida, y quiero hacerte venturoso: este es el motivo de mi venida. Háblame con franqueza: ¿Qué te falta para ser feliz que lo sea tambien tu madre? Piensa que mi gratitud es estremada y que mi poder casi la iguala.

Entonces, bajando los ojos, le respondí: ¡Oh tú

á quién no sé como llamar! ¡tú, que me inspiras un respeto, que hasta ahora solo he tenido á los dioses, te dignas acordarte de un pastor y te bajas hasta el punto de venirle á ver! Esta sola bondad es paga del servicio que he podido hacerte: desde hoy mismo yo te debo mas de lo que podré pagar jamas. Me preguntas, qué me falta para ser feliz: antes de haberte visto, nada me faltaba. Mi madre y yo somos ricos: tenemos una cabaña que nos cubre y defiende de las intemperies, un huerto y un rebaño que nos alimentan y nos visten, y aun acostumbro ir á los lugares del contorno á vender el sobrante de nuestra leche y los recentales que haria demasiado numeroso el rebaño. De esto saco algunas monedas de plata que traigo á mi madre, inútiles para nosotros, pero que nos sirven cuando llega algun pobre anciano ó enfermo á pedirnos la hospitalidad, porque al irse de nuestra cabaña, le damos con gusto este dinero. Solo te queda un medio de hacerme mas dichoso, y es el que has empleado hoy: pues sin duda este es el dia mas hermoso de toda mi vida.

En tanto que yo hablaba, ella me escuchaba sonriéndose. Pues ya que solo mi presencia te hace falta, me respondió, te prometo venir á verte de cuando en cuando; el agradecimiento me obliga á esto. Pero no te diré quien soy: contentate con saber que me llamo Camila, y cree que, sea el que fuere el misterio de mi nacimiento, es dulce á Camila el deber la vida á Leonte.

Yo quedé arrebatado de gozo. El tierno interes que me habia manifestado, la mirada que me arrojó al despedirse y su promesa de volver,

todo inflamaba mi corazón. Repetía el nombre de Camila, me proponía enseñárselo á todos los ecos de aquellas montañas, le grabé en las cortezas de los árboles. Camila sola llenaba mi alma; en toda la naturaleza no veía yo otra cosa que Camila.

Desde aquel instante huyeron de mí la tristeza y el tedio: aquellos desiertos me parecían los eliseos; los árboles, las peñas, el torrente me parecían mas bellos; todo lo hermoseaba mi amor. Me parecía que la naturaleza había reunido todas sus gracias y dones en aquella apacible soledad: temía que otro me la disputase, y hubiera querido vedarla á todos los hombres. Mi pobre cabaña me parecía á mi vuelta mas alegre y cómoda: ví á mi madre con mayor placer que hasta entónces. Nuestros abrazos fueron mas dulces y nuestra conversacion mas agradable y alegre.

Cumplió Camila lo que habia ofrecido volviendo á los dos dias. ¡Oh que breves se me hicieron las horas que pasó conmigo! Cien veces estuve por declararla mi amor, y otras tantas espiraron las palabras en mis labios. Cuando yo miraba á Camila creía poderle hablar; pero luego que ella me miraba, el respeto me cerraba la boca.

En breve, venia Camila todos los dias al torrente. Sin haberle dicho que la amaba, sin haber oido de su boca que era correspondido, nuestros coloquios eran los de dos amantes. Todos los dias, antes de separarnos, conveniamos en la hora en que volveriamos á vernos al siguiente; ambos acudiamos á la cita mucho antes. ¡Con

qué gozo nos saludábamos! ¡Con qué deleite nos referiamos cuanto habiamos hecho y pensado! Camila no me hablaba de otra cosa que de mí: yo no hablaba sino de Camila. Estas dulces conversaciones eran siempre las mismas y siempre nos parecían nuevas y mas gratas.

Sola una cosa me ocultaba Camila: el secreto de su nacimiento. ¡Qué te importa, me decia, mi clase y calidad, si conoces tan bien mi corazón? Si sabes que este corazón no tiene un solo afecto que no sea para tí?

La amable Camila se ocupaba ademas en ilustrar mi entendimiento: era instruida y me comunicaba sus conocimientos. Me referia el reinado de Jano, la expedicion de los argonautas, los sitios de Tébas y de Troya: me hacia aprender los versos de Hesiodo y de Homero. ¡Discurre tú, querido amigo, cómo aprenderia sus lecciones! Todo lo que salia de su boca, se grababa en mi corazón; no me era posible olvidar nada de lo que Camila me habia dicho una vez. ¡Qué encanto experimentaba al oirla! ¡Cómo me inflamaba cuando le oia cantar las proezas de Aquiles! Y cuando Homero pintaba á Vénus, todavía me parecia mas bella Camila.

De este modo se pasaba nuestra vida. Los dias los consagraba al amor y las noches á la piedad filial, porque lejos de que mi amor á Camila debilitase mi afecto á Mirtala, parecia al contrario darle nueva fuerza. No se dividia mi corazón entre mi madre y mi amante; cada una le poseia enteramente. Sin duda es un beneficio de los dioses, que el amor el mas violento, cuando

es virtuoso, presta nuevas fuerzas á todas las virtudes de nuestras almas.

Mi felicidad duró poco. Pasose un dia entero sin ver á Camila. Al siguiente, fuí á esperarla medio muerto de dolor é inquietud. Vino, pero pálida y aflijida. Amigo mio, me dijo luego que llegó á mí, nuestra dicha dió fin; lloraremos eternamente los cortos instantes que ha durado. Hasta ahora te he ocultado mi ser, temiendo que el saberlo te apartase de amarme, y tambien porque me era grato ser amada por mí misma. Ya es tiempo que lo sepas: sabe pues que tengo la desgracia de ser hija de un rey.

Un sudor frio corrió por todo mi cuerpo, al oír esto: mis rodillas trémulas se doblaron, y mi lengua no pudo articular voz alguna. Camila me agarró de la mano, me hizo sentar á su lado y despues de haber procurado disipar el terror que me oprimia, prosiguió de este modo.

Mi padre es rey de los vestinos. La distancia es poca desde aquí á Cingilia su capital, y mi afición á la caza me sirve de pretexto para verte todos los dias. Esperaba yo disfrutar mucho tiempo de esta felicidad, pero soy hija única; la corona de mi padre debe ser mi dote: y todos los soberanos de Italia aspiran á mi mano. Dos de estos reyes nos amenazan con la guerra, si no hago prontamente eleccion de esposo. El uno de ellos es rey de los marucios, sus estados confinan con los nuestros, y casi siempre están en guerra. Mi himeneo con su hijo acabaria estas discordias y formaria un reino floreciente. La política, la razon y la humanidad hablan en favor del príncipe de los marucios, el cual ausente des-

de sus primeros años, viaja por la Grecia, sin mas compañia que un ayo, con el fin de instruirse, y aprender el difícil arte de reinar. Actualmente está en camino para volver á Cingilia.

El mas temible de sus rivales es Telemanto, rey de Salento. Su poder, sus riquezas y el lustre de su origen (pues ya te he dicho otras veces que descende de Telémaco y Antiope) le dan grandes ventajas sobre el príncipe, pero tememos poco á los salentinos muy distantes de nosotros y será difícil que sus embajadores logren la preferencia sobre el rey de los marucios que ha venido en persona á pedirme para su hijo.

Por ambas partes es igual para mí la desgracia, pues que debo de todos modos renunciar mi libertad, y con ella la esperanza que tenia de amarte para siempre. Pero bien sabes, Leonte, lo que un hijo debe á su padre: el mio es viejo y sin fuerzas suficientes para defenderse. Me insta á que elija esposo; me ruega por su amor y sus canas no le ocasione una guerra que no puede sostener, y que ocasionaria su ruina y la de todos sus vasallos. ¿Qué debo hacer? Te pido que me aconsejes.

Camila, le respondí: (porque ni tu grado, ni el resplandor del trono me causarán nunca mas respeto que el nombre solo de Camila) un corazon que sabe amar sacrifica todo á su amor; pero un corazon virtuoso sabe inmolar el amor á su obligacion. Mi valor me asegura que defenderia tus estados; que armado de esta clava, y cubierto de la piel del leon Nemeo, rechazaria lejos de tus muros á los marucios, selentinos y aun á to-

da la Italia. Pero aun cunado fuese el mayor de los héroes, aun cuando mis hazañas se iguasen con las del grande Alcides ¿podria ser nunca tu esposo? ¡No, exclamé deshecho en llanto, jamas serás mia! ¡Eres hija de reyes, y yo solo un pobre pastor!.... ¡Oh Camila! ¡Cuán caro voy á pagar mi ciego error!

¿Discurre que soy menos digna de lástima que tú? interrumpió Camila. ¿Piensas que mi triste corazon no padece tanto como el tuyo? Pero todavía conservo alguna esperanza: conozco al rey de los marucios: él desea para su hijo mis estados, y estima poco mi persona. Quiero declararle mi situacion; juraré renunciar mi reino á favor de su hijo, luego que mi padre muera, con tal que no me obligue á casarme, y que nos defienda de Telemanto. La esperanza de reinar sobre dos pueblos lisonjeará su corazon ambicioso, y yo seré feliz si puedo adquirir, á precio de una corona, el derecho de amar siempre á Leonte.

Quise oponerme á su resolucion, pero fué en vano: Camila me dejó, resuelta á tentar este arbitrio. Dos dias pasé esperando, con dolorosa impaciencia, la vuelta de mi querida Camila.

Volvió pasados estos: su rostro brillaba de alegría. Serémos felices, me dijo luego que me vió. He declarado todo al rey y le he dicho que mi corazon era tuyo: se ha mostrado sensible á mi confianza; la oferta de mi corona le ha determinado á servirnos; oye lo que nos propone. Su hijo que volvía de Grecia, sin mas séquito que su ayo, ha muerto en Creta: como viajaba incógnito todos ignoran su fallecimiento. El ayo del príncipe ha comunicado al triste padre

esta noticia con todo secreto, y no atreviéndose á presentarse á él, se ha detenido en Corcira. Llora el rey la muerte de su hijo, pero tambien ve con dolor deshecho un enlace que aseguraba la paz de sus pueblos y doblaba su poder. Su pena hallaria grande alivio si pudiese contentar su ambicion, y para no ver mi cetro en manos de Telemanto, solo le queda un arbitrio. Su hijo no era conocido en su corte que abandonó en sus tiernos años; todos le juzgan vivo y le aguardan de dia en dia: el rey te adopta en su lugar.

Que vaya, me ha dicho, á encontrar en Corcira al ayo de mi difunto hijo: dale este sello mio y estas tablillas en que va escrita mi voluntad. Despues vendrá con él; yo le recibiré como si fuese verdaderamente mi hijo: mis pueblos engañados le reconocerán. Será tu esposo, viviréis felices, y la paz de las dos naciones, vuestra dicha y mi descanso, serán los frutos de un ergaño, digno de alabarse, pues que sin hacer perjuicio á nadie, labra la felicidad de tantos.

Esta es, Leonte, la nueva feliz que te traigo: serás mi esposo, reinarás sobre los dos pueblos, viviremos juntos hasta morir, y la fortuna y el amor nos harán pasar una vida feliz.... Pero no advierto en tí señal alguna de alegría. No te postras á dar gracias á los dioses. ¡Con qué triste indiferencia oyes la nueva de nuestra union! ¿Qué nuevo pesar te turba? ¿En qué piensas?

En mi madre, le respondí. He de perderte ó he de hacer morir de dolor á la que me dió la vida. Tú misma quiero que seas juez: te he visto pronta á sacrificar nuestro amor al descanso de tu padre. ¿Te parece que debo abandonar á Mir-

tala, quitándole el único amparo y consuelo que tiene? La llenaríamos de bienes y conveniencias, interrumpió Camila: pero le quitarás su hijo, le respondi; obligas á ese hijo á que la renuncie por madre: la idea solamente me horroriza. No, Camila, no hay reino, no hay bien en este mundo, que pueda equivaler á la falta del amor y gratitud filial, primer beneficio de la naturaleza, primer deleite que prueban nuestras almas. No solo no puedo desterrarle de mi alma, pero ni aun finjirlo.

Mas no seria este el único delito que cometeria usurpando el nombre del príncipe: considera que yo seria obedecido de los pueblos por medio de una impostura, y que deberia el cetro á una infame mentira. Si los soberanos legítimos tienen tan grandes obligaciones que cumplir; si son responsables á los inmortales de todo el bien que no han hecho, y de todo el mal que dejan hacer, ¡cuán terrible seria la cuenta que tendria yo que dar, puesto en el trono sin ser llamado por los dioses! Como ladrón de mi propia dignidad, cada acto de respeto que recibiera de mis vasallos, seria una reconvencion de mi impostura.

Tú eres mi mayor bien, adorada Camila: el cielo y mi corazón son testigos que daria gustoso mi vida entera para ser un solo dia tu esposo; pero esta felicidad tan grande, esta dicha, que en idea solamente arreba mi alma, no lo seria, si la disfrutase sin tranquilidad de conciencia. ¡Tan cierto es que de ningún placer podemos disfrutar con gusto, sin aquella dulce paz interior que la virtud produce! Sentado á tu lado sobre el trono, mis remordimientos me harian desgraciado:

voy á serlo, pero la virtud me podrá consolar. Déjame en este desierto: en él veré á cada instante tu imájen y toleraré mi vida: en él te lloraré continuamente; pero solo lloraré tu pérdida, quedando mi corazón puro. Adios Camila, volve al palacio de tu padre; olvida á un infeliz: deseo que el gusto que hallan las almas grandes en cumplir sus deberes, te haga menos dolorosa la compasion que mi desgracia te inspira.

Diciendo estas razones, bajé la cabeza, y procuré ocultarle mis lágrimas. Camila, fijos en mí los ojos, me oyó atentamente y tardó un gran rato en responderme. En fin, agarrando mi mano y estrechándola entre las suyas me dijo así: te adoro, ¡oh Leonte! y tu virtud aumenta mas y mas el amor eterno que me has inspirado. Apruebo tus máximas y desde ahora renunció á tí. Sí, te abandono, pero asegurándote que llevaré hasta el sepulcro el afecto que nos une; que tu imájen vivirá en mi tierno corazón hasta el último suspiro, y que si mi dolor abrevia mis dias, como se lo pido á los dioses, la última palabra que mi boca pronuncie será tu nombre amado.

Al decir esto, se aparta de mí, sube á caballo, me dice adios con voz ahogada, me estiende los brazos y se aleja presurosa. Tres veces volvió sus ojos llenos de lágrimas hácia aquel peñasco sobre el cual habiamos pasado tan deliciosos ratos en amorosos coloquios: parecia, que cual si fuesen sensibles á nuestra pena queria despedirse de ellos; en fin, arrojándome la última mirada de amor y ternura, desaparece á mi vista.... ¡Desde aquel funesto instante no he vuelto á ver á Camila!

Aquí se detuvo Leonte: dos arroyos de lágrimas corren de sus ojos, un peso terrible le oprime el pecho. Numa le abraza tiernamente, y los dos quedan en silencio largo rato: finalmente, Leonte hace un esfuerzo, reprime sus suspiros y sollozos y prosigue su narración.

Quise ocultar á mi madre el sacrificio que habia hecho: no hubiera podido aumentar su amor, y solo habria servido de acrecentar sus males. Con esta idea hice los mayores esfuerzos para disimular mi dolor: pasaba los dias enteros llorando sobre el peñasco, en el cual habia visto á Camila, y cuando volvía por la noche á casa, estudiaba en componer el semblante y aparentar una tranquilidad mentida. Cuando no podia ocultar mi tristeza á los ojos penetrantes de mi madre, inventaba un motivo que no la aflijiese demasiado; imaginaba un pesar del cual ella pudiese consolarme.

Así se pasaron dos meses sin saber de Camila, y sin que mis penas fuesen menos dolorosas que el primer dia. En breve me asaltaron otras nuevas: cayó mi madre gravemente enferma; usé para curarla de todos los simples de nuestras montañas. Pero su última hora habia llegado, y conociendo que iba á espirar me llamó y me dijo esas palabras que todavía me parece estar oyendo: Hasta ahora has vivido engañado; yo no soy tu madre: perdóname, ¡oh Leonte! antes que muera, una mentira que ha sido la felicidad de mi vida. Precisada á abandonar mi aldea para huir de los crueles peligros, que estaban entonces en guerra con los marcos, llegué huyendo al lugar de Avia en las ribe-

ras del Aterno, cuando los enemigos acababan de saquearle. Entre los espantosos restos del incendio y mortandad, y rodeado de cadáveres, te ví en tu cama cubierto de sangre, pálido y pasado el tierno pecho con un puñal. Tu hermosura llamó mi atención; puse la mano sobre tu corazón y percibí sus débiles latidos. Cargué con tu cuna, curé tu herida y cuidé con esmero de tu débil existencia; me llamaste madre y nunca tuve ánimo para renunciar este dulce nombre. Me abandonarás, decia yo, si sabe que no es mi hijo. Ignoro quienes son sus padres, pero no le amarían mas que yo. Dejo, pues, subsistir un error que no le perjudica y que hace la felicidad de mi vida. Esta es, hijo mio, la causa de haberte ocultado la verdad, perdona mi debilidad. Tú mismo, querido Leonte, hacías imposible la revelación de este arcano, por el extremo cariño que me profesabas.

Entonces la abracé tiernamente y bañé su rostro con mis lágrimas. Hijo amado, prosiguió, es preciso separarnos: te ruego que enjugues tu llanto, que solo sirve para hacer mas dolorosa esta separación. Considera para tu consuelo, que tú solo me has hecho feliz, piensa que solo para tí han alargado los dioses la carrera de mi vida. ¡Oh si yo supiese que la tuya gozará de la misma tranquilidad! En tanto que he vivido, siempre he temido que tu verdadera madre viniese á arrancarte de mis brazos; ahora que voy á morir, quisiera poder volverle su hijo. Toma esta piedra preciosa en que están grabados unos caracteres que no conozco: la tenias al cuello el dia en que te di la vida. Hasta ahora te la he

ocultado: ojalá te sirva para encontrar la madre feliz que te llevó en sus entrañas! Si algun día la ves, dile cuanto he envidiado su dicha; dile que mi ternura me hizo quizás digna de ella, y perdonadme ambos el haber usurpado el nombre de tu madre. Adios, hijo mio, adios, permíteme que use hasta morir de este dulce nombre: acércate, ven; tus manos cerrarán mis ojos, y muero contenta si te oigo pronunciar una vez siquiera el dulce nombre de madre.

¡Oh madre mia, exclamé: madre adorada! Siempre soy tu hijo y lo seré mientras viva, aun cuando... Espira, y la desapiadada muerte me deja con su cuerpo yerto entre los brazos.

No te pintaré mi dolor: nuestros corazones se parecen: Numa, debes tener presente lo que padeciste en la muerte de Tulio. Formé con mis manos la humilde hoguera en la cual reduje á cenizas el cadáver de Mirtala: recojí sus cenizas en una tosca urna de barro que encerré en medio de un rústico monumento fabricado con piedras, tierra y céspedes, á poca distancia de mi cabaña. Sobre una piedra grabé esta sencilla inscripcion: *Aquí descansa Mirtala: Caminante, si amaste á tu madre, acuérdate de ella, y llora su memoria.* Cerré despues mi cabaña, la dejé al cuidado de las Oréadas, y abandonando igualmente mi rebaño, salí de aquellas montañas dirijiendo mis pasos, como á pesar mio, hácia la capital de los vestinos.

Luego que llegué á Cingilia, supe que la bella Camila, despues de haber resistido largo tiempo á su padre, se habia finalmente determinado á tomar por esposo al rey de Salento, y pocos

dias ántes se habia embarcado con los Embajadores de aquel soberano. Tan sorprendido y aterrado con esta noticia como si me pudiera esperar otra cosa, salí desesperado de la ciudad y volví á internarme en los montes Apeninos. Errante y sin objeto fijo en mi viaje, llego al ejército de los marsos á tiempo que iban a elegir un general. La vista de las tropas me inspiró un ardiente deseo de gloria: determiné morir ó alcanzar fama inmortal. Me presenté para disputar el mando, y un feliz acaso me le dió. Ya sabes lo que hice: estás viendo el premio que me han dado.

Aquí dió fin Leonte á su historia. En tanto que habia hablado, Numa, inmóvil y fija en él la vista, le habia escuchado atentamente. Todos los afectos que el héroe marso espresaba, pasaban en el alma del sabino: cuando Leonte hablaba de sus primeros años y de su amor á Mirtala, una dulce sonrisa adornaba el rostro de Numa; y cuando hablaba de Camila, y de su amor Numa sentir correr de sus ojos un llanto involuntario.

Ya el sol iba á ocultarse en el Oceano y los dos amigos determinaron pasar la noche en la gruta. Fueron á recojer algunas frutas silvestres y volvieron á esperar el sueño. Hemos acabado nuestro viaje, dijo Numa, pues que nos hemos encontrado: mañana determinaremos hácia donde hemos de ir. Yo tenia deseos de viajar algun tiempo por la Grecia, para instruirme de los usos y costumbres de sus pueblos, y conseguir con este estudio mas virtud y sabiduria.

Amigo, le respondió Leonte, si los hombres

amasen la virtud, no hay duda que ganaríamos mucho en conocerlos y te diria: vamos á ver el mundo y serémos mejores á nuestra vuelta. ¿Pero qué hallarémos en la Grecia? ¿Qué hallarémos en las demas naciones? Reinos compuestos de esclavos infelices: Repúblicas desunidas, cuyos ciudadanos, para probar que son libres, se degüellan mutuamente. Algunos hombres esclarecidos y doctos perseguidos y desterrados, llorando menos la ausencia de su patria que la pérdida de los puestos y honores que han dejado. Filósofos que se llaman sabios, y que pasan su vida entre las turbaciones y molestias de vanas disputas y en argumentos inciertos é infundados: por todas partes, en fin, verémos los pueblos oprimidos, la ambicion y vanidad reinaando despóticamente en los hombres mas admirados. ¿Juzgas que sacarémos algun fruto de nuestros viajes? Pienso al contrario que contraeríamos vicios que ahora desconocemos. ¡Oh Numa! no ha querido el Criador del universo, que el hombre para ser sabio, tuviese que emprender largas peregrinaciones; consumiéndolo mas florido de su vida, afanándose por adquirir virtudes para una vejez incierta. A cada uno nos ha dado, al nacer, un libro y un juez: nuestra conciencia. Vivamos en paz con ella y sabrémos bastante.

Sea así, le dice Numa; no salgamos de Italia, volvamos á nuestras montañas y habitemos tu cabaña cuidando de tu rebaño. Cultivaré tu huerto, guardaré tus ovejas, lloraré contigo sobre la tumba de Mirtala, y te hablaré cada dia de Camila, en aquella cascada y peñascos que ya conozco sin haberlos visto. Si la maternal

ternura te hizo pasar una vida feliz en aquel asilo, espero que los consuelos de la amistad dulcificarán tus pesares.

Dijo, Leonte le abraza, y al punto emprenden su viaje. Atraviesan por las tierras de los ecuos, pasan el rápido y caudaloso Tolonio y los montes Albencos, y llegan finalmente á las faldas del Apenino.

Los dos héroes, que se mantenian de su caza, se perdieron un dia, persiguiendo á los habitantes de las selvas. Despues de trepar por la aspereza de las breñas, y habiendo penetrado las malezas mas incultas, descubrieron un valle delicioso, rodeado de montañas inaccesibles, de las cuales bajaban varios arroyos que regaban el ameno valle. Sus márgenes, pobladas de tillos, alisos y hayas, ofrecian una sombra deliciosa, y todo aquel sitio presentaba á la vista, por unas partes, los olmos coronados de los pámpanos de la vid y mil árboles frutales cargados de sus ricas producciones, por otras, bellísimos prados esmaltados de mil flores olorosas. Todo, en aquel sitio, respiraba la paz y la abundancia; el aire era puro y el agua de los arroyos cristalina. No se oía otro ruido que el que formaban las naturales corrientes y el cántico de las aves, que saltando de rama en rama, parecian celebrar á porfía la felicidad de que gozaban en aquel jardin de la hermosa naturaleza.

Encantados con tan apacible vista, los dos amigos bajan al valle presurosos. Llegan y admiran, disfrutando del placer mas puro que los dioses han concedido á los mortales, que es el espectáculo de las maravillas que han sembrado

en toda la tierra. Siguen el curso del arroyo principal sin descubrir vestigios de persona alguna, llegan á un sitio en el cual el arroyo se dividia en dos, y despues de prometerse que volverán á juntarse en aquel sitio, se separan y cada uno sigue uno de los brazos del arroyuelo.

Leonte anduvo largo tiempo sin descubrir mas que árboles, frutas y flores.

Numa, mas feliz, descubrió un rebaño que parecia sin perros ni pastor cerca de un bosquecillo de laureles. Penetra en este con lentos pasos, mira, examina, y de improviso advierte, bajo una enramada de jazmines silvestres, una doncella vestida de blanco sentada en un banco de céspedes. Manifestaba leer con suma atencion un libro que tenia en las manos. El céfiro que levantaba sus rubios cabellos sueltos sobre su frente y al rededor de su cuello, dejaba ver su rostro de divina hermosura. Pero su belleza natural sacaba nuevos brillos del candor é ingenuidad que todas sus facciones manifestaban. Aquel rostro dulce y majestuoso respiraba el sosiego de la dicha y la paz de la virtud: tenia ademas un no sé qué de celestial, que apartaba toda idea licenciosa, y llenaba el alma de un afecto mas puro y delicioso: su vista no inspiraba deseos; producía un santo respeto, una inclinacion mas tierna y viva que los deseos mismos.

Numa la ve y se detiene. No experimenta turbacion ni sobrecojimiento: no le palpita el corazon; solo prueba un dulce placer que no turba su razon. Al mirarla no se acuerda del amor: no cree que sea una diosa; libres y claras sus potencias no exajeran lo que ve. Discurre, con

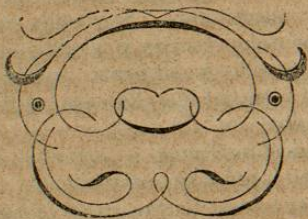
verdad, que está mirando á la mas hermosa de las mujeres, y sin duda piensa que su virtud iguale á su belleza.

Insensiblemente y con cuidado, penetra al bosquecillo y se acerca á ella para ver, si es posible, qué libro le ocupa tanto; pero éste encierra caracteres desconocidos. Vuelve Numa á retirarse con precaucion: oculto entre las ramas, ve adelantarse un venerable anciano apoyado sobre un nudoso báculo; las canas cubrian su frente; su luenga barba le llegaba hasta la cintura, y su rostro cubierto de arrugas, conservaba un aire de magestad y grandeza que los pesares y la vejez no habian podido borrar del todo. Hija mia, dice á la pastora, ya llega el sol al Ocaso; cumplamos con el rito de nuestra religion divina. Al oírle se levanta ella y deja ver á Numa su talle agraciado y magestuoso. Sus bellos ojos miran al padre con dulce sonrisa y le alarga la mano: el anciano apoyado en su brazo vuelve con tardos pasos á una cabaña edificada en lo interior del bosquecillo.

No atreviéndose Numa á seguirlos, observa, siempre oculto, todos sus movimientos. Los ve lavarse en el arroyo, entrar en su cabaña y volver á salir; pero ya el viejo ha mudado de vestimenta. En vez de la ropa talar que tenia, viste una túnica corta, sujeta á la cintura con un cordon que la rodea, y un velo le oculta el rostro. Trae en las manos una copa ó braserillo de bronce, lleno de fuego ardiente, y le coloca con respeto sobre una piedra cuadrada. Su hija le sigue con varios aromas y un hacecillo de ramas secas. Ambos de rodillas echan sus ofren-

das en el fuego, le atizan con instrumentos de oro, y dicen una oracion en lengua desconocida.

En breve se levanta el anciano y su hija, y se lleva el brasero con el mismo respeto. La hermosa pastora va á juntar su rebaño disperso en el prado, le encierra en un corral de tablas y vuelve al lado de su padre, en tanto que Numa, lleno de admiracion y alegría, se da prisa á juntarse con Leonte.



LIBRO NONO.

ARGUMENTO.

Numa y Leonte hallan grata acogida en la cabaña del anciano. Admiran á su hija Anais y se separan de ellos con sentimiento. Vuelve Leonte con su amigo á su antiguo domicilio. Halla á Camila. Escesivo gozo de los dos amantes. Refiere Camila sus aventuras y se desposa con Leonte. Marchan en compañía de Numa á buscar al anciano. Numa defiende á Anais y á su padre contra unos foragidos: queda herido. Historia de Zoroástres. Leonte halla á su padre.

Numa se junta con Leonte y le cuenta lo que ha visto. Juntos se encaminan hácia la morada del anciano; llegan y llaman á la puerta. La pastora sale á abrir, y al verlos armados los mira con inquietud. No te asustes hermosa pastora, le dice Leonte; aunque somos guerreros, amamos la paz, y venimos á pedirte la hospitalidad por esta noche no mas. Mañana, apenas la au-